



1º Certamen de Relato Corto
Tema Lesbico
Organizado por Arcópoli



Numero	N-26
---------------	------

TITULO
Carta número uno, por Minimal Pair

Autor
<i>Minimal Pair</i>

Querida Allie:

La primera vez que nos vimos me guiñaste un ojo en señal de aceptación y complicidad. No nos conocíamos de nada y sin embargo conectamos de la única manera en la que podíamos conectar. Me serviste de trampolín para la vida. Juntas hemos escrito un guión con el que hemos actuado a la perfección. Cada función era un éxito y la gente nos seguía y aplaudía. Incluso hubo un tiempo, tú lo sabes bien, en que nosotras mismas nos creímos lo que perfeccionábamos. Corrimos peligros, saltamos vallas a toda velocidad y el campo verde, los páramos de la tierra que acabó por pertenecernos, nos esperaban siempre con el rocío intacto. El frío, el calor, los pájaros volando en forma de V, el sonido del río a lo lejos, las risas cómplices y las conversaciones trascendentales nos acompañaron y sirvieron de telón para nuestra vida, o de felicidad, o de sueño del que no quieres despertar. Sea como sea, estábamos juntas y todo se tornaba apetecible a tu lado.

Ya en el final de mi vida, no puedo hacer nada más que repasos y rememorar una y otra vez aquello que, de forma automática y reveladora, se ha quedado grabado en mi mente y que tantos años después sigue persiguiéndome. el amor, el bendito amor al que los jóvenes, y no tan jóvenes, de hoy en día aspiran, las sonrisas que tanto se anhelan en momentos de tristeza, la ausencia que tanto dolor acusa cuando alguien se nos marcha sin nosotros poderlo remediar.

La vida está más allá de todas esas cosas, la vida es mucho más que un trabajo, mucho más que el dinero y a veces me atreví a pensar que mucho más que el amor. Ahora, a mi edad, sé que no, sé que el amor guía las vidas de muchísimas personas, incluyendo la mía. Todos tenemos una historia, todos hemos sido alguien en algún momento. Pero no penséis que mi historia es más que la de nadie. Es mi historia, lo que yo he vivido, lo que he sentido. Es nuestra historia quien nos define, quien al final de nuestras vidas nos dice quiénes hemos sido, quien nos rebela nuestros sueños cumplidos e incumplidos, nuestras victorias y nuestros fracasos, quien rectifica nuestros errores y quien nos aplaude los aciertos y quien, con más poder que nadie, vela por la vida de nuestro amor, de aquella persona que nos llevó al cielo y se unió a nosotros, quien nos llevó a la felicidad y a la dicha.

Una vez que el tiempo ha pasado, una vez que las cosas se han asentado -quizás demasiado-, ahora que me siento en la butaca que me regalaste y miro por la ventana el campo nevado de Sussex, siento que no he desperdiciado mi vida, que he vivido lo que quería vivir, que he hecho todo aquello que quería hacer, cumpliendo mis sueños y amándote. Y sé que amarte es lo más real que he hecho nunca. Quizás lo único que repetiría una y otra vez, y otra vez. Me apetecías, te deseaba, te amaba y te quería, te necesitaba casi tanto como respirar. Ah, recuerdo cuando me diste de respirar, ¿lo recuerdas? Ojalá aún fueras mi bombona tangible de oxígeno.

Mis nietos me preguntan por qué nunca me casé. Ellos no conocieron a Allie. Allie es su abuela, su otra abuela. Estos críos han crecido rodeados de mujeres, con el amor más natural y más real que nadie pueda proporcionarles. Y no quiero dejar a un lado a los hombres, es,

simplemente, que en esta historia su papel ha sido secundario. Tengo tres maravillosos nietos, fruto de mi relación con Allie, mi compañera de viaje en el reto que llaman vida. Se llaman Ian, Nicolás y Lauren. Tres niños maravillosos que han crecido muchísimo en poco tiempo, a los que he querido desde que estaban en el vientre de su madre, mi hija, Marianne quien, a su vez, espera su cuarto y quinto hijo, dos niñas, dos ruedas más, del perfecto engranaje familiar, que almacenar al recuerdo, al álbum. Pero no vamos a adelantarnos a los acontecimientos, ¿verdad que no? Empecemos por el principio entonces.

Me llamo Alicia. Nací el 25 de marzo de 1937, a las tres menos cuarto de la mañana. Crecí y hasta los 21 viví en Madrid. Estudié letras e inglés en la universidad y a los 21 me marché a Inglaterra a intentar vivir la vida que me había propuesto vivir. Fui una niña y una adulta de culo inquieto y sé que para mis padres, aunque nunca me lo dijeran, fue una especie de liberación. Se quedaban solos, soy hija única, y podían disfrutar por fin de esa vida que se les había negado desde el embarazo. Así pues agarré las maletas y me fui a probar suerte a una ciudad avanzada y abierta como era Londres. Ciudad que, por otra parte, siempre me había gustado. Primero trabajé en un hotel, luego en el mismo lugar pero de recepcionista y tras mucho esfuerzo, y un poco de suerte, acabé trabajando en una editorial de uno de los periódicos más conocidos en aquel momento de Londres. Fue allí donde conocí a Allie. Ella tenía 25 años y yo tenía 27.

Allie era una mujer que no pasaba desapercibida: rubia, de ojos azules, muy británica, muy callada y gran trabajadora, a sus 25 años optaba al puesto de subdirectora de un periódico gobernado por hombres. Buena escritora y mejor persona, había que tomarse tiempo par conocerla. Su acento era tan británico que encandilaba y nuestra relación fue de menos a más con el paso del tiempo. Acabó siendo mi jefa y mi ascenso a redactora jefe nos llevó a estrechar relaciones. Nunca pensé que una relación de trabajo acabaría siendo lo que fue, mi mayor historia de amor, mi gran revelación como humana, mi gran vida, mi absoluta alma gemela, mi razón para seguir adelante cuando menos ganas tenía.

Una de las razones principales por las que me marché lejos de España fue por un descubrimiento que, inevitablemente, había cambiado y cambiaría aun más mi vida. El descubrimiento de mi homosexualidad me llevó primero a un cambio de carácter brusco y después a una etapa de reflexión. Sabía poco sobre lo que me ocurría, y en España la homosexualidad no estaba bien vista. Intenté buscar organizaciones pero no tenía ninguna lo suficientemente cerca a la que poder asistir y en la que poder abrirme y entender lo que me pasaba. Sabía que en Londres la gente era más abierta y que ciertos temas estaban mucho mas desarrollados que en España, por lo que no dudé a la hora de elegir el destino. Una vez allí mis nuevos sentimientos se relajaron y pude vivir una etapa en la que estaba contenta y a gusto conmigo misma. Fue una etapa feliz, sincera, sin remordimientos por ser quien era y sin necesidad, ni obligación, de dar explicaciones a nadie. La nueva ciudad me estaba haciendo libre, me estaba haciendo quien era, quien realmente era, no quien supuestamente tenía que ser. De haberme quedado en España ahora mismo hablaría de mi marido, de mi infeliz vida y de mis muchos hijos criados prácticamente sin ninguna comodidad. No, me salvé de la quema yo solita, aceptando quien era y viviendo acorde a mis sentimientos.

Desde mi llegada a Londres había hecho muchas amistades, la mayoría mujeres (feministas, eso sí) con las que podía intercambiar pensamientos, inquietudes, sueños y esperanzas. Hablábamos de trabajo, de amigos, de aquellas personas a las que nos gustaría parecernos, de nuestro trabajo soñado y de los libros que más nos gustaban. Cuando Allie se introdujo voluntariamente en nuestro pequeño círculo, entendí que mi pasión por ella iba mucho más allá de una simple admiración por su persona y por el trabajo que realizaba. Supe que mis sentimientos eran imparables y que poco a poco se harían evidentes. Pero no podía huir. Todo aquello que había pasado a pertenecerme en Londres también le pertenecía a ella y llegado el momento no sabía si eso era positivo o negativo. La única posibilidad era aceptar la situación y llevarla lo mejor posible. Desconocía, a su vez, si Allie salía con alguien e incluso si su orientación era la misma que la mía.

Pero, como ocurre en la mayoría de estas situaciones, los cambios se producen de manera constante e inevitable, y Allie supo que algo pasaba cuando dejé de frecuentar a los amigos en común que teníamos o cuando empecé a hablar menos durante nuestras reuniones. Lo cierto es que no lo hacía de manera consciente, más bien creo que era una especie de coraza hogareña que me permitía mirar desde fuera la situación. Cada vez estaba más enamorada de Allie. Me descubría mirándola por cualquier rendija de cristal o de persiana que separaban nuestros respectivos despachos, me veía en el reflejo del espejo del cuarto del baño mirando cómo Allie se metía en el servicio y esperaba pacientemente que saliera y me sonriera, o se acercara a mí y me hablara con esa dulce voz sacada del fondo del mar, con ese maravilloso acento que descubría de dónde y quién era, con esa ternura que sólo ella sabía disparar al mil por ciento para conseguir que cayeras en sus redes de manera sofisticada e inesperada. Podía pasarme horas mirándola, buscándola por la oficina cuando sabía que no se encontraba en su despacho, preguntándole qué haría el fin de semana, invitándola a una copa tras la jornada de trabajo. Mi cambio era la respuesta a unos sentimientos demasiado fuertes que no encontraban salida; no podía hablar con nadie pues no sabía cómo reaccionarían, no podía liberarlos y enriquecerlos con la sonrisa cómplice de nadie. Y aunque lo hubiese intentado, si algo supe desde el principio, fue que las palabras no servían para describir este amor que me atontaba y enriquecía. No se habían creado palabras lo suficientemente bellas como para describirla ni palabras suficientemente románticas para explicar lo que me hacía sentir y lo que provocaba en mí. Y ante una situación desesperada, una solución desesperada.

La editorial me propuso un trabajo para el que tendría que ir a Bristol, al oeste de Inglaterra, una preciosa ciudad con costa y sol. Si aceptaba estaría allí durante seis meses y su consecución me haría optar a un puesto más alto en la editorial de Londres, un puesto mucho mejor pagado y con más opciones de ascender. Unos cuantos días de reflexión me llevaron a aceptarlo, al fin y al cabo podían salir muchas cosas buenas; podría aprender mucho de un trabajo que cada vez me entusiasmaba más y podría asentar y tranquilizar mis sentimientos hacia Allie, quizás incluso con un poco de suerte desaparecerían por sí solos. En mi despedida Allie me hizo prometerle que nos escribiríamos, a lo que respondí asintiendo con la cabeza. Nuestra relación se había estrechado de una manera para la que ahora sé que no estaba preparada y en el fondo de mi alma sabía que aquel trabajo llevaba bajo el brazo el subtítulo de "huida". Así pues nos despedimos y con un abrazo me dijo "hasta pronto".

Mi estancia en Bristol fue placentera y un nuevo aire fresco que llenó mi vida durante un corto espacio de tiempo. Recibí la primera carta de Allie a la semana de estar allí. Aún es hoy el día en que conservo la carta, como oro en paño, ya que significó el principio de una vida que no me esperaba pero que disfruté como la única vida que era. Estas fueron las primeras palabras que Allie me dedicó:

Querida Alice:

Hace apenas una semana que te fuiste y ya te echamos de menos. Bueno, no sé de los demás, sé que yo te echo de menos. Te has convertido en alguien importante, tu llegada significó aire fresco, renovaste la editorial y la gente se transformó. Ahora que te has ido han vuelto a ser los rancios que eran y se pasan el día hablando de ti. Basta que se vaya alguien para descubrir que nada es como pensábamos. Les he mandado más trabajo del que tenían con tal de que se mantengan ocupados. Necesito silencio. Mucho silencio para entender qué me está pasando, para poder clasificar y entender todo esto que me viene ahora a la cabeza y que no puedo escribirte por no encontrar las palabras adecuadas. Ya ves, una subdirectora de un importante periódico londinense no encuentra las palabras necesarias e idóneas para expresar algo que le está cambiando la vida.

En cuanto vuelvas tenemos que ir al museo Británico, han puesto una exposición que te encantará. Todo ha cambiado desde que te fuiste, y fue hace sólo una semana. Soy una desconsiderada, aún no te he preguntado qué tal por Bristol. ¿Qué tal? ¿Cómo va el trabajo? No te preocupes demasiado por los informes que has de mandarnos. Soy la encargada de dar cuentas de ellos y no es necesario que te preocupes demasiado. Sólo desean verlos para ver cómo progresa el equipo de allí; al parecer son un grupo con los que han tenido ciertos problemas de fechas y algunos problemas puntuales y sé que te han mandado a ti porque te consideran importante y válida para el trabajo.

Te escribiría una carta larguísima y con cientos de palabras a las que no sé si sabría dar la entonación y el significado correctos, por lo que me temo que lo mejor será dejarlo y esperar a que vuelvas para contarlo. Sí, es definitivamente lo mejor.

Recuerda, mi querida Alice, que te deseo lo mejor en Bristol y que sobre todo y por encima de todo, espero noticia tuyas. No me tengas en el terrible dilema de saber si estás bien o mal, de saber si eres feliz o no. No me tengas en el silencio de la expectativa que saber de ti me provoca.

Nunca te lo había dicho, pero la distancia que nos separa me hace escribírtelo: te quiero Alice, te quiero mucho.

Deseando tu vuelta,

Allie.

Era, efectivamente, la primera vez que me decía que me quería. Era, al mismo tiempo, la primera vez que se abría de esa manera, sin rebelar nada, sin contar nada más allá de fomentar las ganas de escribirla y saber de ella. Cuando recibí el sobre en la oficina de Bristol, el corazón me dio un vuelco que no hubiera sabido expresar de no haber sabido que era a causa del amor que a ella me unía. Un lazo irrompible e invisible, que sólo mi alma y yo conocíamos, y la almohada que resguardaba mis sueños sospechaba. Su letra, impoluta, con caligrafía inglesa aprendida en la escuela, no era más que un síntoma más de que, haber huido de la manera en que lo había hecho, no conseguía nada más que echarla de menos y sucumbir a la verdad que invadía todo mi ser. Debía volver, pensaba, para darme cuenta más tarde de que no podría, que había algo firmado a lo que tenía que atenerme.

Allie se estaba convirtiendo en el centro de mi vida. El trabajo dejó de llenarme y todo a mi alrededor empezaba a ser una réplica o bien de su olor, o de los ojos de Allie, de Allie en general, Allie en particular. Decidí entonces escribirle una carta sincera, sacada directamente del corazón, sin esconder nada, sin pretender nada más allá de lo que pretendía. Quería que ella supiera que era el centro de mi vida. Una carta que sin embargo, por pudor, jamás le escribí. Ni tan siquiera pensaba en lo que sería mi vida de tener que volver a España con ella de la mano. En una España franquista, con la homosexualidad prohibida y perseguida, la imagen de felicidad que Inglaterra ofrecía no era más que mi opción de vida.

No voy a detenerme en detalles nimios, si bien antes he dicho que había que ir al grano. No es mucho el tiempo que me queda y quiero que la historia llegue tal y como es, entera.

A mi vuelta a Londres Allie y yo sabíamos que estábamos destinadas a estar juntas y nuestra vida en común comenzó en una noche de verano, a orillas del río Támesis, con el Big Ben y el parlamento de testigos. Un entorno perfecto para los preliminares de una vida perfecta. Nos fuimos a vivir juntas tras tres semanas de convivencia casi a tiempo completo y estuvimos juntas para siempre. Volamos unas cuantas veces a España y la presenté como lo que era. Nos quedó claro que nuestra vida allí era imposible, pero por el momento me conformaba con que ellos supieran quién era ella y quién era yo a su lado. Tampoco teníamos intención de trasladarnos a España y dejarlo todo, actuando a su vez como si nada existiese.

El tiempo que pasé a tu lado... no tiene explicación. Fue real, más real que la vida misma, fue sincero, intenso, auténtico. Tus ojos guiaron y alumbraron mi camino y tú me diste cobijo un día tras otro, sin importarte el tiempo que tuvieras que consolarme, perdonándome todo lo que hacía y no era acertado, alabándome cuando más lo necesitaba pero menos lo merecía. Me amaste, te amé y aún hoy puedo ver el resultado de nuestro amor. Marianne, Ian, Lauren y Nicolás. Nuestro futuro en el mundo y la consecuencia del amor. Ian, aunque parezca imposible, tiene tus ojos; la misma forma, la misma mirada, los mismos colores: azul, gris, verde. Si se enfada se le ponen grises. Si está contento son verdes. El día que se enamore sé que serán azules. Así eran los tuyos.

Veo en todos ellos un reflejo de ti, a título póstumo. Marianne ha heredado tu carácter, bien lo sabes, Lauren tus ganas de vivir, la felicidad que despedías por cada poro de tu piel. Nicolás, en cambio, se ha llevado tu talento. Un pequeño gran escritor al que sé que nadie le cortará las

alas. Cada día me hacen contarles nuestra historia. Sospecho que Nicolás se trae algo entre manos. Ayer me pidió todas nuestras fotos y las todas las que tengo de ti. Quería llevarse la que está en mi mesilla de noche, pero esa no le he dejado que la toque. Es sagrada.

Los años pasaron y nuestra vida se hizo muy intensa. Allie acabó siendo la directora del periódico y yo me convertí, con el paso del tiempo, en la subdirectora. Bajo nuestra responsabilidad al diario no le fue tan mal y conseguimos unos cuantos premios que le dieron un prestigio que después, una vez jubiladas y retiradas, nos vino muy bien para vivir cómodamente y poder darles a nuestra hija y a nuestros nietos todo aquello que querían y merecían.

A los tres años de nuestra vida en común, y tras haberlo hablado mucho, Allie y yo decidimos que era el momento perfecto de agrandar nuestra familia. Pero las cosas no fueron fáciles. No pusieron muchas trabas allá por donde íbamos y tuvimos que recurrir a un amigo nuestro para poder tener hijos. Brian se prestó casi desde el primer momento. Su relación con Mark llevaba muchos años establecida y tras consultarlo con él decidió que nos merecíamos la oportunidad de tener un bebé.

Al año y tres meses, tras varios intentos por parte de las dos (Allie también intentó quedarse embarazada) fui yo quien se quedó en estado de buena esperanza. A los pocos meses supimos que sería una niña, y dejé que Allie decidiera el nombre. El nombre "Marianne" no fue una elección al azar por una moneda tirada al aire. Allie, lectora empedernida, amaba a Jane Austen casi de la misma manera con la que yo amaba, y amo (el amor verdadero dura para siempre) a Virginia Woolf. Su novela favorita de Austen, lejos de ser la de prácticamente todo el mundo, esto es, "Orgullo y Prejuicio", era "Sentido y Sensibilidad" y su personaje favorito Marianne Dashwood. Qué mejor honor para su hija que heredar el nombre del famoso personaje romántico de Austen. A mí el nombre me supo a gloria y su ilusión se hizo realidad cuando Marianne nació el 17 de enero, a las cuatro de la tarde, mientras fuera de la clínica nevaba como si nunca hubiera nevado en toda Inglaterra.

El nacimiento de Marianne no trajo toda la felicidad que un principio habíamos esperado. De hecho, los problemas no hicieron más que empezar. El respeto y la tolerancia que en un principio habíamos obtenido se vino abajo incluso con alguno de los amigos más íntimos. Londres se convirtió en poco tiempo en el lugar más inhabitable de la tierra. La gente, que siempre había vivido en su propio mundo, prácticamente nos señalaba por la calle y tuvimos visitas de representantes legales, que requerían información sobre nuestra situación y que nos recordaron de manera muy explícita nuestros derechos y nuestras obligaciones. También nos recordaron que Allie no tenía ningún poder legal sobre Marianne, que la única madre era yo y por tanto su única representante. Nuestros derechos estaban muy limitados y nuestra estabilidad emocional y económica corrían cierto peligro. Consideramos la idea de mudarnos a otra ciudad inglesa, incluso escocesa, incluso de irnos a otro país. Por suerte supimos hacernos con un buen amigo, abogado, que nos defendió siempre que alguna presión amenazaba con alterarnos nuestra tranquila y placentera vida. Al parecer, que estuviéramos juntas, fuéramos amantes o hiciésemos vida conyugal estaba bien mientras no supusiese una continuidad más allá de nosotras, y de

nuestra casa. “Cerrad la puerta y no os dejéis ver” era lo que parecía que nos decía todo el mundo.

Marianne creció rodeada de felicidad, pues procuramos que los problemas que a nosotras nos acechaban no le alcanzasen a ella. Su infancia fue entrañable, en un entorno cerrado y respetuoso. Intentamos rodearnos de personas iguales a nosotras. En Londres hay miles de posibilidades, pero todo trata de encontrar el momento y el lugar. Esperar a que la novedad y lo que da miedo se establezca. Cuando la gente deja de temblar, hay que actuar. Y lo que nosotras hicimos fue vivir. El amor que me unía a Allie, el amor que a ambas nos unía a Marianne, la felicidad que con ella conseguía, mi alma gemela, mi máxima aspiración, mi máxima verdad.

Estás tumbada en la cama, agarrando la almohada en un intento vago de dormir. Yo con la cámara encima, sin tú darte cuenta. Habías llegado hacía poco del trabajo y estabas muy cansada. Recuerdo que te hice un té y tras desnudarte te tiraste sobre el colchón sin tan siquiera abrir la cama. Te tapé con una manta y me sonreíste, me pediste un beso y me senté a contemplarte. No pude evitar buscar la cámara y retratar por siempre ese momento. La dulzura de tu rostro, la posición de tu cuerpo, el brillo oculto de tus ojos tras los párpados y el rezo en tu cabeza de poder descansar antes de que anocheciera.

Si cuando muera, alguien de ahí arriba, me obliga a elegir un momento juntas, uno sólo, para poder revivir una y otra vez, elegiría el momento de nuestra unión. El momento del primer beso frente al río Támesis. Convertimos a Londres en la segunda ciudad del amor. No hubo rincón que se escapara, no hubo tiempo en el que no nos perdiéramos adrede por sus calles y buscáramos un refugio, un intermedio del tiempo en el que poder amarnos.

Cuando pienso en ti, y no hay momento en el que no lo haga, me embriaga una sensación de felicidad inmensa y el estómago me da vueltas. Esta casa lleva tu olor en las paredes, puertas, habitaciones, rincones, y en cada sábana, manta o colcha que te resguardase. Quisiste marcharte en esta casa, abrazada a mí, con nuestra hija y nuestros nietos presentes. Quisiste irte de la manera en que te merecías. Por la puerta grande, con un guiño en la mirada y con un hasta pronto en la garganta.

Y la vida fue pasando, casi como un suspiro, de una sonrisa a otra. Llegamos a la vida con tiempo, lo disfrutamos, sin perder un segundo en pensamientos insulsos, sin derrochar una lágrima más allá de donde podíamos derrocharla. La vida nos ha salido, prácticamente a partes iguales, barata y cara. El sufrimiento que hayamos pasado nos sirvió de aprendizaje y de paso adelante. Igual que las sonrisas, igual que la risa que huye pavorosa de nuestras entrañas. Igual que la muerte, que nos ha alcanzado a tiempo real, sin momentos en los que pensar en ella. Fue la muerte quien se llevó a Allie, tras el nacimiento de nuestro primer nieto, Ian. Allie, criatura celestial a la que dedico la vida, los esfuerzos, los logros y triunfos, la salud y los niños. Ser extraordinario, con el sentido de la vida a flor de piel, con la ternura y dulzura de una flor que brilla tras la tormenta. Mi Allie, y yo su Alice, como me llamó siempre. Nosotras, que nos amamos y crecimos juntas en la complicada y fabulosa tarea de sobrevivir en un mundo y ambiente adversos.

Mi vida entera, mi vida entera es suya, por siempre. Sé que pronto me reuniré con ella. Sé que ella me espera allá arriba, entre las esponjosas nubes, al lado de la puerta de entrada, arrimada a la ventana tras la que me cuida y vela por mí.

Hiciste de mí una persona válida, alguien que resucitó en tus brazos y que te vivió. Sacaste de mí lo mejor, sin esperar nada a cambio. Conseguiste que te amara como nunca antes había amado a alguien y fuiste, eres, mi gran amor, mi media naranja, mi alma gemela. Pero todos estos títulos no bastan. Fuiste mucho más y las palabras se me quedan cortas. El amor lleva tu nombre, quizás incluso el nuestro. Dos personas hechas una. Un mismo corazón, una misma alma, un mismo destino que completamos paso a paso. Me diste la vida, Allie, me diste lo único que necesitaba: te entregaste a mí, en cuerpo y alma y nunca me dejaste.

Las adversidades no lo fueron tanto contigo a mi lado. Los malos momentos se quedaron en ceniza y los buenos se convirtieron en oro. Y es con lo que me quedo. Entre muchas otras cosas. Todo se refiere a ti, todo lleva tu nombre.

Miro mi alianza y veo a través de la plata nuestros nombres unidos a una fecha, a un momento determinado. 25 de abril de 1973. Y veo más fechas, la del nacimiento de nuestra hija, el 17 de enero, mientras nevaba como nunca en Londres. Y veo más: el 7 de marzo en que Ian nació, el 15 de diciembre, en el que Nicolás vino al mundo, el 23 de abril en el que Lauren salió del vientre de su madre, 20 de mayo, fecha en la que te fuiste para siempre. Un calendario lleno de fechas importantes, incluidas las de nuestro nacimiento: 23 de julio el tuyo, 17 de diciembre el mío. El día que nos volvamos a reunir, tan pronto como pueda, será quizás la fecha más importante de todas, porque nos uniremos por siempre. Que lo que la vida no nos ha permitido que nos lo permita al menos la muerte. El descanso eterno, una en los brazos de la otra. Como ayer, como hoy, como mañana.

Quizás no me oigas, Allie, pero te amo con todo lo que soy. Gracias por la vida que me diste, por amarme, por existir y hacer que yo fuera alguien en tu enorme y maravilloso corazón. Pronto tendremos otro nieto, nietas en este caso. Serán gemelas pero, ¿sabes lo mejor? Las van a llamar Allie y Alice, nuestra vida se acaba como debe acabarse, con la vida de ellas. Una vida por otra, una felicidad por otra, el círculo de la vida que no deja de girar y girar y maquinan destinos. Y el viaje de nuestra vida, la tuya y la mía, Allie, aún sin empezar. Nos queda toda la eternidad. Hasta pronto, mi amor.

Que cuando vuelvo a pensarte, mi Allie, vuelvo a enamorarme de ti.